

6 POEMAS DE TOMAS VENCLOVA

Traducción de Pietro U. DINI y Albert LÁZARO-TINAUT

*La baigneuse*¹

Quién sabe si fue vida o no fue vida,
pero me ilumina en la estrecha orilla
un reflejo bruñido de agua hendida,
una barca, un romo arado, labra el canal
y yace la ciudad, desde los puentes
hasta las techumbres goteantes
como un fruto partido en dos

sobre el cristal fangoso. Frescas encrespaduras
(mejor diría silencio) baten con terquedad
la orilla. Una ola arrolla un anónimo jirón
de laguna. Celestes telas cortan sesgadamente
ladrillos mohecidos. Oscurece el color,
y está Guardi en la retina, espetado por el viento.

Calli, campi, campielli. Una piedra atezada,
en las arcadas, un húmedo carácter lagunar,
cielos de rancios siglos. Una Clío cegada
no percibió estos muros, ajados por los limos,
agua alta y gravedad terrestre. Los cimientos
se hunden sin apremio en el quieto elemento

y la ciudad vadea el espacio. Sube hasta las calles
de fachadas de mármol, con vahos de podredumbre
y malolientes légamos, una cálida espuma de mar,
y en lo alto, donde apenas alcanza la mirada,
un león blanco con el más sabio de los libros,
henchido de compasión por los muertos y los vivos,

mas la revelación le es confiada a él, y no a nosotros,

aquélla a la que obedece la duración del tiempo
y de todas las formas, del ángel al trilobites,
y la concha incrustada y ahusada en el frontón,
y la isla, donde la hierba recubrió los huesos
en espera de la mañana sin alba del Señor.

El siroco raspa los resquicios de los muros. Oculta
el rostro tras una máscara (un rostro que no es), arroja
la acritud oscura de la cúpula y el cobre de las veletas.
Nada la ciudad en el fondo primigenio, donde reina
una fauna acuórea y viscosa:
rayas, platijas, ascidiáceos, *frutti di mare*.

Una copa de vino, al anochecer, en la taberna.
Más allá de la plaza, el monocromo e inclemente
abismo que resiste en las tinieblas de los párpados,
arca nupcial, templo anguloso; las campanadas
sobrecogen la cúpula, y la mano asida a otra mano,
tensa, es capaz de aniquilar al dolor y al tiempo.

1. Se habla aquí de la ciudad de Venecia (*nota del autor*).

Comentario

Lo primero, aunque cueste, es venerar la lengua;
humillada en los renglones de la prensa, en falsas necrológicas,
en sombrías alcobas asfixiantes, en delaciones, en el griterío del merca-
do,
en las trincheras, en esquinas malolientes, en infames teatruchos,

en interrogatorios y en paredes de urinarios.
En edificios grises donde alambradas de acero custodiaban
un sinfín de escaleras, donde ya no es el hombre, sino el tiempo,
quien determina cuándo debe llegar el momento de la muerte;

deshilachada, ronca y torpe por el bullicio
y la rabia. Venerar, pues, la lengua,
exiliada en la tierra con nosotros, de manera
que incluso en ella encuentra su reflejo,

el verbo originario, engendrado en otros universos.
Nos fue dado para distinguirnos de la arcilla,
la palma y el tordo, y tal vez, por qué no, de los ángeles,
para entender mejor las cosas al nombrarlas.

Aquellos que esperan recuperar el espacio perdido
purificando la lengua han de tener muy en cuenta
que el fracaso les acecha en cada esquina. Porque sabido es
que las puertas se van alejando cuanto más te aproximas a ellas;

el don compensa la pérdida; lo construido
pronto será un montón de ruinas. Y jamás llegarás a un paraíso extranje-
ro
— porque muchos son los paraísos. Quien un día lo alcanza
borra sus propias huellas y no tarda en extraviar la llave.

Dicen que no eres más que un instrumento. Te dicta
una fuerza que, si pudieras ver, te dejaría ciego.
No es así, exactamente. Subes en sueños la escalera de Jacob,
a tientas, gastando fuerzas que no tienes, sin red que te proteja,

esperando que alguien te acoja —o no— allá en lo alto. Tal vez
se ponga de tu lado, y él mismo ordene las palabras,
cambie una vocal, precise la sintaxis, el calificativo.
Pocas veces ocurre, pero puede ocurrir,

y entonces sientes que aquello que has creado está bien,
porque las letras fluyen por el folio como el légamo en el río,
y de pronto aparece el matorral, la ribera y la ciudad tras ella.
Y es mejor que no sepas quién lo leerá (si es que al final es leído).

Instrucción¹

Apenas una hora de vuelo. El aduanero
deja pasar apático: observa atentamente el pasaporte
— la única carta del juego que no tendrá fin —
y asiente con un gesto de su mano. Así es, en un año,
en un mes o un minuto pueden cambiar mucho las cosas:
es el riesgo, aunque mínimo. Las casitas de paredes rosadas
de los tiempos de Mayerling². Es fiesta. En las ventanas
los mismos retratos exhibidos un año y otro. Banderas y consignas.
Es el mejor momento para venir a estos países: el gobierno no está
en la ciudad, cerraron los archivos, el guardia ya esta harto
de darle al botón; es probable que en las cárceles
queden sólo dos o tres subalternos, demasiado
imbuidos del deber. Hoy el piloto³
sobrevuela a sus anchas esa tierra más rica de uranio y de acero
que de trigo; hoy mismo aterriza en la ciudad a la que tú,
probablemente, jamás habrás de regresar. Es más audaz, sin duda.
Noviembre, oscuros bulevares, más allá de los pórticos algo se oculta,
innegablemente, como en sueños. Al final ese sueño se revive.
Un monte entre la niebla, pero no hay que subir hasta su cumbre.
Aquí parece único. Vastas llanuras se extienden hasta el Dniéper,
hasta el Ural y se prolongan hasta el Gobi ¡Después del puente gira a la
derecha!

Te acompañarán la soberbia de cristal ahumado, atenuadas linternas,
recintos de estilo *Sezession* y antiguas mezquitas. Muy pocos transeúntes.

Para ellos tú eres invisible. Hace días que llovizna.

Un valle, un gran valle, como el fondo de una irreal laguna.
Caracoles de piedra encima de las puertas; pulpos y ninfeas
en las cornisas; incluso el río, tan gris, es un molusco
sin valva.

No terminó y no terminará. Una mujercita frágil de aspecto rústico
vende flores. Le bastará que alguien le compre un clavel.
Ese alguien no anda lejos. Junto al monumento⁴ están siempre aquellos
cuyo deber es confiscar las flores. Pero hoy es fiesta.

Ellos también tienen derecho a descansar. Treinta años atrás, por estas fechas,
en la plaza se reunieron (¿mil?, ¿dos mil?; tal vez ni siquiera cinco mil),
algunos con claveles en la mano, otros es muy probable que sin nada.
Lo que ocurrió está escrito en muchos libros.
Para poder leerlos, no había más remedio que abandonar la patria.

A veces se tropieza con piedras astilladas
en la costra mellada del granito, en la esquina gastada de un inmueble,
mas al cabo de tantos, tantos años, resulta difícil deambular sin guía.

Del hombre de la plaza, la verdad, poco sé:
“pegados los brazos a la coraza”, “caerán los muros de Jericó”,
“lejos, lejos”. Tal vez los versos más hermosos del mundo.
Masón y artillero. Cojo de rostro adusto.
Labguvá. Ostrołęka, Wola, Temesvár.
Más són las batallas perdidas que las ganadas.
Abrazó el islam y murió de fiebres en Alepo.

No pasa nadie. Deposita un clavel a sus pies,
que el mundo, como estrella, venza su gravedad y se incline ante él.
El continente se hunde en el valle, el valle en la brumas urbanas,
las brumas urbanas en la plaza, la plaza se entrega al monumento.
El clavel es el centro de todo, hecho únicamente de neutrones.
Y cuando pases de nuevo por allí, al cabo de dos horas,
permanecerá todavía encima de la piedra. O así parecerá.

Enajenado gesto. Lo has esperado durante treinta años.
Has cambiado de tierra, de destino, de amigos, pero lo has conseguido.
La gente, entonces, recogida en la plaza (no cupo todo el mundo)
esperó todo un siglo. Más aún: fueron ciento ocho años. ¡Qué podían
hacer!
Estas tierras tan llanas, las estepas, la niebla, avezan a la espera.

1. Se habla de un viaje a Budapest, desde Viena, durante la conmemoración,
en 1986, del aniversario de la Revolución de Octubre (y de la revuelta

húngara de los años treinta). Se cita al poeta polaco Cyprian Norwid (*nota del autor*).

2. Mayerling es un lugar vinculado a la dinastía de los Habsburgo (*nota del autor*).

3. Piloto: se refiere a la hazaña de Matthias Rust, que aterrizó con su avioneta en la Plaza Roja de Moscú (*nota del autor*).

4. Se refiere al monumento al general Józef Bem, que participó en la revolución húngara de 1848; junto a aquel monumento emprendieron la acción los revolucionarios de 1956 (*nota del autor*).

*Hommage to Shqipëria*¹

Aprécia ese cielo desplomadizo del anfiteatro.
El semicírculo rocoso y los rayos como pausas
en el monólogo. La escena poco menos que ideal.
Nos hace señas el parásito de la más celebrada
comedia de Plauto. Una vez estuvo aquí Epidamnos,
en este pobre país, tan realista ahora.

Lo que queda: papel de estraza en la palma de la mano
con el perfil de un monte y dos palabras: *pesë lekë*²
y una locomotora negra que existe sólo, al parecer,
en los billetes de banco. Luego ventanas huecas y podridas,
paja en las pestañas del camino y la sombra de un búnquer
junto a la giba parda y deslucida de un asno.

En la hondonada donde flamea el Flegetonte
rompen el espejo lampiños otros armados.
Europa, digámoslo así, es un sistema solar
(oscilaciones de planetas, eco de conjunción de esferas)
y este país, aun siendo ardiente, resulta ser Plutón,
refugiado en la brecha y el silencio.

Se está bien aquí, donde yo no estoy. Me aferro una vez más
a esta sentencia. Los granados no han madurado
y se han malogrado las milgranadas. He sobrevivido

a tres dictadores y a otros tres vi a prudente distancia
en el exilio. Pero el que medra aquí es digno
de seis o siete como él. Parece haber dado portazos

acá y acullá. Crujen los cristales bajo los pies.
Las huellas de metralla son como iris pútridos
en calaveras de marcianos. La malla del refugio
se clava en la caliza para que las generaciones del futuro
recuerden que esto nunca será paraíso o purgatorio,
ni aire, ni agua, pero sí, al menos, será fuego.

A la hora del ocaso, al olfato remilgado llegarán
indolentes efluvios de basura, heces, *rakía*³ y ratas.

La constelación crepita bajo un hilo de ceniza.
¡Cómo susurran las muertas y blancuzcas hojas del acanto!
¡Cómo atrae el vacío! Pide prestado el peso
de los cuerpos y madura quedamente en el espacio.

Sobre el árido mármol se pudren cáscaras de fruta
y se dibuja el perfil del viejo cómico
en el humo del tabaco. Escucho en sueños:
“Donde hubo rebalse es donde insiste el *panta rhei*:
y nadie sabe, ni siquiera Dios, lo que conviene.
Para vino, un dólar. Para un aforismo se requieren dos”.

1. Composición dedicada a Albania, el más pobre y aislado de los estados poscomunistas. La ciudad de *Durrës* (Epidamnos), que conserva los restos de un anfiteatro romano, es el lugar donde se desarrolla la acción de la comedia *Menaechmi* (“Los gemelos”) de Plauto. Uno de sus protagonistas, llamado *Peniculus* (en la traducción lituana, *Šepetis*), aparece en la primera estrofa del poema, y en la última se parafrasea a Heraclito y Sócrates (*nota del autor*).
2. En albanés, ‘cinco leks’. El *lek* es la unidad monetaria de Albania (*nota de los traductores*).
3. Aguardiente característico de los Balcanes (*nota de los traductores*).

Metro de Berlín, *Hallesches Tor*¹

Sobre Europa se extiende el invierno. Se encoge y se retuerce
Y se rompe como un cardo, extensión de campos de asfalto.
Su torvo esplendor extravía aquí el espacio. Invierno
Y península de Berlín. Hueso, cartones, cemento.

Se ve un cielo vuelto del revés. Policías patrullando las calles,
Focos azulinos escudriñan sin cesar, sobre el muro serpentean alambra-
das.

Un vacío sin norte ni destino. Ningún ovillo de lana nos conduciría
A ningún otro ser. La nieve bandea alta sobre Europa.

Cuando caminas durante tantos años y tantas millas ya no sabes
En qué orilla fondeará tu nave. Da igual que sea Jericó o Mitte:
Las termitas trabajan con ahínco y transforman las ciudades,
Pero ese sordo rumor nunca suplantarán al de las trompetas.

Vuelve atrás y mira el mañana desde el ayer.
He ahí la silueta de un hombre, calado de sucia nieve:
No puede ver cómo se arrastra, lento, por la *Hallesches Tor*
Un vagón de cartón llegado de más allá de cualquier lugar.

1. El metro del Berlín occidental recorría el límite entre el territorio berlinés del Oeste y del Este. La *Hallesches Tor* o Puerta de Halle es una de las primeras estaciones a las que se llega al entrar en la parte occidental de la ciudad. En este poema se describe un viaje al Berlín Este (una ciudad inaccesible entonces para el autor) y el regreso (*nota del autor*).

*Anno Domini 2002*¹

Una estrella desvalida en el cénit, señal de milagro y de invierno.
La ciudad, como un avión, aterriza en la planicie del Año
Nuevo. El recalentamiento global afecta a las torres
como un virus. El llano archipiélago tose y jadea.
La estatua blanquecina, reina de una frustrada partida

de ajedrez, quedó envuelta en una red de fina lluvia.
El Rubicón fue cruzado hace un cuarto de siglo.
Arco vivaz de la mirada, visillos sutilmente corridos.
Una gota dilata la pupila, la inmundicia contamina el paladar.
Tras la esquina se yerguen pasarelas y resplandecen un cine solitario.

Subes sin prisas los peldaños de la densa prosa del fin de semana.
Sobre el quicio desgastado de la puerta no hallarás la voz latina *salve*,
porque ésta no es tu patria. El parque se doblega y cede como el barro
bajo los pies del fugitivo. La vidriera *art nouveau*, recién montada,
ofrece desganada a los clientes una gloria rojiza y azulada

en lo alto del bar. Manteles como velas, espejos, cristal, bronce,
falso mármol. Sí, en aquel Cincuenta y dos
(¿cómo lo dijo el poeta?), temeroso y turbado,
te sientas con la copa de vino hasta que unos copos ligeros, fangosos,
pregonan como puntitos que la era zozobra ya en el Mesozoico:

más profundamente aún que entonces. Un humo de muerte inexplicable
ahoga un septiembre negro, y octubre, y noviembre, y diciembre:
no tiene sentido continuar contando. Cubre cientos de bloques
por encima de polvo y vanidades (de ninguna de ambas quedó nada),
de pedazos de acero que parecen papel de celofán.

El calor nos devuelve al origen. Las guerras preceden a la paz,
el agua precede al suelo que pisamos. El hielo derretido en el Ártico
basta para que queden bajo el mar, si no la masa continental entera,
sí al menos este grumo de granito. Y hará falta mucha menos gasolina

para el iris, el músculo, la piel del hombre y de la torre.

El joven que yace en el lecho ascético con la cabeza apoyada en un brazo,
bajo una tienda, en algún lugar, ve en sueños duras pruebas de coraje:
aviones, llamas. Lo creamos nosotros. A él le corresponde sólo
este destino. Es hora de pagar. En medio del humo
resuena en el asfalto y rueda sobre él una ficha del metro

como un sestercio por la lava de Herculano.

1. Se habla aquí del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, con citas de Auden (*nota del autor*).